

Adelanto de la novela

*After Dark*

de HARUKI MURAKAMI

Traducción del japonés de Lourdes Porta

TUSQUETS  
EDITORES

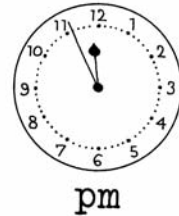
Libros de Haruki Murakami  
en Tusquets Editores

ANDANZAS

Crónica del pájaro que da cuerda al mundo  
Sputnik, mi amor  
Al sur de la frontera, al oeste del Sol  
Tokio blues. *Norwegian Wood*  
Kafka en la orilla  
Sauce ciego, mujer dormida  
After Dark

MAXI

Tokio blues. *Norwegian Wood*  
Al sur de la frontera, al oeste del Sol  
Crónica del pájaro que da cuerda al mundo  
Sputnik, mi amor  
Kafka en la orilla



(...)

Nos encontramos en Denny's.

Iluminación anodina, aunque suficiente; decoración y vajilla inexpresivas; diseño de planta calculado hasta el menor detalle por expertos ingenieros; música ambiental inocua sonando a bajo volumen; empleados formados para que sigan el manual a rajatabla. «Bienvenidos a Denny's.» Mires a donde mires, todo está concebido de forma anónima e intercambiable. El establecimiento se halla casi lleno.

Tras barrer el interior del local con la mirada, nuestros ojos se posan en una chica que está sentada junto a la ventana. ¿Por qué en ella? ¿Por qué no en otra persona? No lo sé. Sin embargo, por una razón u otra, la chica atrae nuestra atención... de un modo espontáneo. Está sentada en una mesa de cuatro asientos, leyendo un libro. Parka gris con capucha, pantalones vaqueros, zapatillas deportivas de color amarillo des-

teñidas tras múltiples lavados. Sobre el respaldo del asiento contiguo cuelga una cazadora. Tampoco ésta parece nueva, en absoluto. Por lo que respecta a la edad, hará poco que la chica es universitaria. Ya no es una estudiante de bachillerato, pero aún conserva el aire del instituto. Tiene el pelo negro, liso, corto. Lleva poco maquillaje, ninguna joya. Cara pequeña y delgada. Gafas con montura negra. De vez en cuando frunce el entrecejo con aire reconcentrado.

Está absorta en la lectura. Apenas aparta los ojos del libro. Es un grueso tomo de tapa dura, pero, como lleva puesta la sobrecubierta de la librería, no se ve el título. Dada la gravedad con que lo lee, debe de tratarse de un libro de contenido muy serio. La chica no se salta una sola línea, sino que, por el contrario, parece ir masticándolas a conciencia, una a una.

Sobre la mesa hay una taza de café. Hay un cenicero, al lado de éste, una gorra de béisbol de color azul marino con la «B» de los Boston Red Sox. Posiblemente le vaya un poco grande. En el asiento contiguo descansa un bolso bandolera de piel marrón. A juzgar por el abultamiento que presenta el bolso, la chica ha ido embutiendo en él de forma apresurada todo cuanto le ha venido a la cabeza. Alza la taza a intervalos regulares y se la lleva a la boca, pero no parece que saboree el café. Tiene la taza delante y se toma el café porque eso es lo que tiene que hacer.

Como si se acordara de pronto, se pone un cigarrillo entre los labios y lo enciende con un mechero de plástico. Achica los ojos, lanza el humo de manera libre y fácil, deposita el cigarrillo en el cenicero y, luego, se acaricia las sienes con la punta de los dedos como si quisiera alejar el presentimiento de un futuro dolor de cabeza.

La música que suena a bajo volumen es *Go Away Little Girl*, de Percy Faith y su orquesta. Nadie la escucha, por supuesto. Hay gente muy diversa comiendo y tomando café en Denny's esa madrugada, pero ella está sola. De vez en cuando levanta la mirada del libro y echa una ojeada al reloj de pulsera. Por lo visto, el tiempo no avanza tan rápido como ella quisiera. Tampoco parece que haya quedado con alguien. No recorre el interior del local con la mirada ni dirige los ojos hacia la puerta. Simplemente, está sola leyendo un libro y fuma algún que otro cigarrillo, inclina la taza de café con un gesto maquinal y espera a que el tiempo transcurra deprisa, aunque sólo sea un poco. Sin embargo, es obvio que aún falta mucho para el amanecer.

La chica interrumpe la lectura y mira hacia fuera. Por la ventana del primer piso puede ver, a sus pies, la calle concurrida. Aún a aquellas horas, la calle está llena de luz, con una multitud de transeúntes que van y vienen. Personas que se dirigen a algún sitio y otras

que no se dirigen a ninguno. Personas que tienen un objetivo y otras que no lo tienen. Personas que querrían detener el paso del tiempo y otras que querrían acelerarlo. Tras permanecer algún tiempo contemplando esa imagen deslavazada de la ciudad, la chica respira hondo y vuelve a posar los ojos sobre las páginas del libro. Alarga la mano hacia la taza de café. Dentro del cenicero, el cigarrillo, al que sólo ha dado unas caladas, va convirtiéndose en ceniza sin perder su forma original.

Se abre la puerta automática y un joven, alto y desgarbado, entra en el local. Chaqueta de piel negra, pantalones chinos arrugados de color verde oliva, zapatones de color marrón. Lleva el pelo bastante largo, con greñas. Quizá se deba a que durante los últimos días no ha tenido la oportunidad de lavárselo. O quizás a que acaba de atravesar algún matorral muy espeso. O puede que, para él, lo habitual sea llevar el pelo enmarañado. Está delgado, pero, más que tener un físico elegante, lo que parece es desnutrido. Del hombro le cuelga un gran estuche de color negro de un instrumento musical. De un instrumento musical de viento. Además, en la mano sostiene una sucia bolsa de lona. Atiborrada, al parecer, de partituras y de varios objetos de pequeño tamaño. En la mejilla derecha tiene un corte profundo que atrae las miradas. Una corta cicatriz producto, al parecer, de la incisión

de un objeto afilado. Aparte de esto, nada en él llama particularmente la atención. Es un joven normal y corriente. Tiene el aire de un perro cruzado, bonachón, aunque no muy listo, que vaga perdido por las calles.

La camarera encargada de acomodar a los clientes se acerca y lo conduce hasta una mesa al fondo del local. Pasa por delante de la chica que lee. Y, en el preciso instante en que acaba de dejar la mesa atrás, el joven se detiene, como si de repente le hubiera venido algo a la cabeza, retrocede despacio igual que si estuviera rebobinando una película y vuelve junto a la mesa. Ladea la cabeza, mira con profundo interés el rostro de la chica. Resigue sus recuerdos. Le cuesta acordarse. Es el tipo de persona que se demora al realizar cualquier cosa.

La chica percibe su presencia y alza la mirada, entrecierra los ojos, mira al joven que se le ha plantado delante. Es tan alto que tiene que levantar mucho la cabeza. Sus miradas se encuentran. El chico esboza una sonrisa. Una sonrisa que intenta demostrar que no abriga mala intención alguna.

Él le dirige la palabra.

—Oye, perdona si me equivoco, pero tú eres la hermana de Eri Asai, ¿verdad?

Ella no dice nada. Mira el rostro del joven con ojos de estar contemplando un arbusto demasiado espeso en un rincón del jardín.

–Nos hemos visto una vez –prosigue el joven–. Te llamas Yuri, ¿verdad? Tu nombre tiene una sílaba diferente al de tu hermana.

Todavía observándolo con cautela, ella lo corrige de forma concisa:

–Mari.

El joven levanta el dedo índice.

–¡Eso es! Mari. Eri y Mari. Una sílaba distinta. No te acuerdas de mí, ¿verdad?

Mari ladea levemente la cabeza. Puede significar tanto que sí como que no. Se quita las gafas y las deja junto a la taza de café.

La camarera vuelve y pregunta:

–¿Están juntos?

–Sí –responde él.

La camarera deposita la carta sobre la mesa. El joven toma asiento frente a Mari y deja el estuche del instrumento musical en el asiento contiguo. Luego le pregunta, como si se acordara de pronto:

–No te importa que me siente aquí un rato, ¿verdad? Después de comer algo me iré enseguida. He quedado en otra parte.

Mari frunce levemente el entrecejo.

–Eso se pregunta primero, ¿no crees?

El joven reflexiona sobre el significado de sus palabras.

-¿Que he quedado luego?

-No me refiero a eso -dice Mari.

-O sea, que se trata de una cuestión de modales.

-Sí.

El joven asiente.

-Tienes razón. Debería haberte preguntado primero si podía compartir tu mesa. Te pido perdón. Pero el local está lleno y voy a quedarme poco rato. ¿Te importa?

Mari se encoge levemente de hombros. Con ello viene a decir: «Haz lo que quieras».

El joven abre la carta, la mira.

-¿Ya has comido?

-No tengo hambre.

Tras estudiar un rato la carta con expresión seria, el joven la cierra de golpe y la deja sobre la mesa.

-La verdad es que no me hace ninguna falta abrir la carta. Finjo que la miro, nada más.

Mari no dice nada.

-Aquí, sólo como ensalada de pollo. Siempre. Si quieres mi opinión, la ensalada de pollo es lo único de aquí que vale la pena. Y mira que he tomado casi todo lo que tienen en la carta. ¿Has probado la ensalada de pollo?

Mari sacude la cabeza.

–No está mal. Ni la ensalada de pollo ni las tostadas crujientes. Yo, en Denny’s, no como otra cosa.

–Entonces, ¿por qué te miras la carta de cabo a rabo?

Él se alisa las arruguitas del rabillo del ojo con la punta del dedo.

–Imagínatelo. Tú entras en Denny’s y, sin mirar la carta, vas y pides directamente una ensalada de pollo. Es un poco patético, ¿no te parece? Da la sensación de que vienes todos los días a Denny’s, muerto de ganas de comerte una ensalada de pollo. Así que abro la carta y hago ver que dudo entre una cosa y otra antes de decidirme por la ensalada de pollo.

Cuando la camarera le trae el agua, él le pide una ensalada de pollo y unas tostadas muy crujientes.

–Que estén muy hechas –remarca–. Casi quemadas. Añade un café para después. La camarera introduce el pedido en la máquina que lleva consigo y lo confirma leyéndolo en voz alta.

–Y otra taza de café para ella..., ¿verdad? –dice el joven señalando la taza de Mari.

–De acuerdo. Enseguida le traigo el café.

El joven se queda contemplando cómo se aleja la camarera.

–¿No te gusta el pollo? –pregunta él.

–No es eso –dice Mari–. Es que no suelo comer pollo fuera de casa.

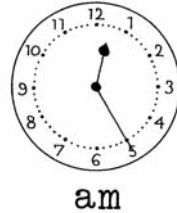
-¿Y eso por qué?

-Porque en las cadenas de restaurantes sirven un pollo atiborrado de sustancias químicas. Porquerías para activar el crecimiento y cosas por el estilo. Encierran a los pollos en jaulas estrechas y oscuras, les ponen un montón de inyecciones, los alimentan con piensos llenos de aditivos y, luego, los cargan sobre las cintas transportadoras y unas máquinas les van retorciendo el pescuezo, otras máquinas los van desplumando...

-¡Caramba! -exclama. Y sonrío. Al sonreír se le marcan más las arrugas del rabillo del ojo-. Ensalada de pollo al estilo George Orwell.

(...)

\*\*\*



Denny's, el mismo interior de antes. Por el hilo musical suena *More* de Martin Denny. Durante los últimos treinta minutos, el número de clientes ha disminuido notablemente. No se oyen voces. Hay signos de que la noche ha avanzado un paso más.

Mari sigue frente a la mesa, leyendo el grueso libro. Ante ella hay un plato con un sándwich sin tocar apenas. Más que por apetito, por lo visto, lo ha pedido para pagar el tiempo que pasa en el local. De vez en cuando, como si se acordara de pronto, cambia de postura. Hince los codos en la mesa, se hunde en el asiento. A veces levanta la cabeza, respira hondo, comprueba lo lleno que está el local. Sin embargo, al margen de eso, se ha sumido por completo en la lectura. El poder de concentración parece ser uno de sus principales activos.

Ahora se ven muchos más clientes que están solos.

Algunos escriben algo en su portátil. Otros envían, o reciben, mensajes por el teléfono móvil. También los hay enfrascados en la lectura, como ella. Y otros que, sin hacer nada, mantienen los ojos clavados en lo que pasa fuera, absortos en sus pensamientos. Tal vez no puedan dormir. Tal vez no quieran dormir. Para todos ellos, un restaurante familiar es el sitio idóneo donde refugiarse a altas horas de la madrugada.

Como si no pudiera aguardar a que terminara de abrirse la puerta automática, una mujer de grandes proporciones irrumpe en el local. Es corpulenta, pero no gorda. Ancha de espaldas, fuerte a ojos vistas. Lleva una gorra negra de punto calada hasta las cejas. Una gran cazadora de cuero y pantalones de color naranja. Manos vacías. Una apariencia tan ruda llama necesariamente la atención. Cuando entra en el local, la camarera se le acerca, le pregunta: «¿Mesa para uno?», pero ella la ignora. Con ojos escrutadores, barre el interior del local de un rápido vistazo. Descubre la figura de Mari y se dirige hacia ella dando grandes zancadas.

Al llegar a la mesa, se sienta frente a Mari sin decir nada. A pesar de su corpulencia, sus movimientos son ágiles y precisos.

–Hola, ¿puedo sentarme un momento? –pregunta la mujer.

Mari, que estaba enfrascada en la lectura, levanta

la cabeza. Al descubrir a aquella mujer corpulenta que no conoce sentada frente a ella, se sorprende.

La mujer se quita el gorro de lana. Lleva el pelo teñido de un llamativo color rubio, corto como el césped bien cuidado. Su cara es franca y abierta, pero tiene la piel acartonada, como si llevara largo tiempo expuesta a la lluvia. Su rostro es asimétrico. Pero, si uno se fija, nota que tiene algo que tranquiliza a quien se encuentra ante ella. Posiblemente se trate de una sociabilidad innata.

A modo de saludo, la mujer tuerce la boca esbozando una sonrisa y se acaricia el corto pelo rubio con la gruesa palma de la mano.

La camarera se acerca e intenta dejar sobre la mesa la carta y un vaso de agua, tal como indica el manual, pero la mujer la rechaza con un ademán.

—No, es que me largo enseguida. Perdona, ¿eh?

La camarera esboza una sonrisa intranquila y se va.

—Tú eres Mari Asai, ¿verdad? —pregunta la mujer.

—Pues sí...

—Me lo ha dicho Takahashi. Que quizá todavía estarías aquí.

—¿Takahashi?

—Sí. Tetsuya Takahashi. Un tipo alto, con el pelo largo, flacucho. Toca el trombón.

Mari asiente.

—Ah, ése.

–Pues resulta que Takahashi me ha dicho que hablas chino perfectamente.

–Una conversación corriente, sí puedo mantenerla sin problemas –dice Mari con cautela–, pero no lo hablo a la perfección.

–Oye, pues lo siento, pero ¿podrías venir conmigo un rato? Es que tengo una china en casa con problemas. Pero no habla japonés y no me entero de nada.

Sin acabar de comprender lo que le está diciendo, Mari pone el punto de lectura en el libro, lo cierra y lo aparta a un lado.

–¿Problemas?

–Sí, se ha hecho daño. Está aquí mismo. A dos pasos. No te entretendré mucho rato. Basta con que me expliques por encima qué le ha pasado. Oye, me harías un gran favor.

Mari duda un instante, pero mira la cara de su interlocutora y concluye que no parece mala persona. Mete el libro en el bolso bandolera, se pone la cazadora. Hace ademán de recoger la cuenta de encima de la mesa, pero la mujer se le adelanta.

–Esto lo pago yo.

–No, gracias. Soy yo quien lo ha pedido.

–No importa. Total, por esta miseria. Va, cállate y déjame pagar a mí.

Al ponerse en pie, se evidencia la gran diferencia de estatura entre ambas. Mari es una chica menuda y

la mujer es tan voluminosa como un granero. Debe de pasar del metro setenta y cinco. Mari se resigna y permite que pague la cuenta.

Ambas salen de Denny's. Todavía a aquellas horas, las calles siguen concurridas. Sonidos electrónicos de las salas recreativas, gritos de los reclamos de los karaokes. Rugidos de los tubos de escape de las motocicletas. Hay tres chicos sentados en el suelo, sin hacer nada en particular, frente a la persiana metálica de una tienda cerrada. Cuando Mari y la mujer pasan por delante, los tres alzan la vista y las observan con gran interés. Posiblemente formen una pareja bastante curiosa. Pero los chicos no dicen nada. Sólo las miran. La puerta metálica está cubierta de grafitis pintados con spray.

-Me llamo Kaoru.\* Quizás el nombre no me pegue mucho, pero, bueno, es el que tengo desde que nací.

-Encantada -dice Mari.

-Oye, siento haberte sacado de allí, así por las buenas. Debo de haberte pegado un susto, ¿no?

Mari guarda silencio, sin saber muy bien qué responder.

-¿Quieres que te lleve el bolso? Tiene pinta de pesar lo suyo -dice Kaoru.

-No importa.

-¿Y qué llevas ahí dentro?

\* *Kaoru* significa «fragante», «despedir fragancia». (N. de la T.)

-Pues libros, ropa...

-No te habrás escapado de casa, ¿verdad?

-No, claro que no -dice Mari.

-¡Uf! ¡Menos mal!

Las dos siguen andando. Se meten por una callejuela alejada de la zona comercial, suben una cuesta. Kaoru avanza a paso rápido y Mari la sigue a duras penas. Suben unas escaleras oscuras y desiertas, salen a otra calle. Por lo visto, las escaleras son un atajo que une ambas calles. Algunos bares mantienen todavía las luces de los letreros encendidas, pero apenas muestran signos de vida dentro.

-Es ese *love-ho*.

-¿Ese qué?

-*Love hotel*. Hotel para parejas. Una casa de citas, vamos. ¿Ves aquel letrero de neón que pone *Alphaville*? Pues es allí.

Al oír el nombre, Mari, de forma instintiva, mira a Kaoru a la cara.

-Tranquila. No es ningún sitio raro. Yo soy la encargada.

-¿Y es ahí donde está la chica que se ha hecho daño?

Kaoru, sin detenerse, se da la vuelta.

-Sí. Es una historia un poco complicada.

-¿Y Takahashi también está ahí?

-No, él no. Él está en otro edificio por aquí cerca,

en el sótano, ensayando con su banda toda la noche.  
¡Qué suerte tenéis los estudiantes!

Las dos cruzan el portal del Alphaville.

En este hotel, los clientes miran el panel de fotografías del vestíbulo, escogen la habitación que les gusta, pulsan el botón correspondiente y retiran la llave. Así funciona. Luego sólo tienen que tomar el ascensor y subir a su habitación. No necesitan ver a nadie. Tampoco tienen que hablar con nadie. Hay tarifas por horas y por noche completa. Iluminación en tono azul oscuro. Mari lo va estudiando todo con curiosidad. Kaoru dirige un breve saludo a la mujer de recepción.

–Tú nunca has venido a un lugar como éste, ¿verdad? –dice dirigiéndose a Mari.

–No. Es la primera vez.

–Bueno, pues ya ves. En este mundo, hay muchas maneras de ganarse la vida.

Kaoru y Mari suben en el ascensor de los clientes. Cruzan un pasillo corto y estrecho, se detienen frente a una puerta donde figura el número 404. Kaoru golpea dos veces suavemente la puerta y, de inmediato, ésta se abre desde dentro. Una joven con el pelo teñido de rojo se asoma con expresión inquieta. Está delgada y tiene la cara pálida. Lleva una camiseta que le queda muy grande, de color rosa, y unos vaqueros con agujeros. Grandes aros en las orejas.

–¿Eres tú, Kaoru? ¡Uf! ¡Por fin! Has tardado siglos.  
¡Estaba súper preocupada! –dice la pelirroja.

–¿Cómo está? –pregunta Kaoru.

–Pues igual.

–¿Ya ha dejado de sangrar?

–Más o menos. Pero he gastado un montón de toallas de papel.

Kaoru introduce a Mari en la habitación. Y cierra la puerta. Dentro, además de la pelirroja, hay otra empleada. Menuda, con el pelo negro recogido en un moño, está pasando la fregona por el suelo. Kaoru las presenta.

–Ésta es Mari. La chica de la que os he hablado, la que sabe chino. Ésta del pelo rojo se llama Komugi.\* Suena raro, pero es su nombre de verdad. Lleva trabajando aquí un montón de tiempo.

Komugi sonríe afablemente.

–¡Hola! ¿Qué tal?

–Encantada –dice Mari.

–Y aquélla es Kôrogi\*\* –dice Kaoru–. Aunque ése no es su verdadero nombre.

–Lo siento. Es que paso del mío –dice Kôrogi en dialecto de Ôsaka. Parece unos cuantos años mayor que Komugi.

–Encantada –dice Mari.

La habitación no tiene ventanas. La atmósfera es

\* Komugi significa «trigo». (N. de la T.)

\*\* Kôrogi significa «grillo». (N. de la T.)

asfixiante. Hay una cama y un televisor enormes para el tamaño del cuarto. En un rincón hay una mujer desnuda en cuclillas, encogida, como si quisiera abultar lo menos posible. Se cubre con una toalla de baño y llora en silencio con el rostro entre las manos. El suelo está lleno de toallas manchadas de sangre. También se ven manchas de sangre en las sábanas. La lámpara de pie está volcada. En la mesa hay una botella de cerveza medio vacía. Un vaso. El televisor está encendido. Dan un programa cómico. Risotadas de los espectadores. Kaoru coge el mando a distancia y lo apaga.

–Por lo visto, la ha atizado con ganas –le dice Kaoru a Mari.

–¿El hombre que estaba con ella? –pregunta Mari.

–Sí. El cliente.

–¿El cliente? ¿Es una prostituta?

–Sí. A estas horas, la mayoría son profesionales –dice Kaoru–. Así que no te extrañe que haya problemas. Peleas por el pago, tipos que piden cerdadas...

Mari se mordisquea los labios, pone en orden sus ideas.

–¿Y ella sólo habla chino?

–Sí, apenas chapurrea cuatro palabras de japonés. Pero yo no puedo llamar a la policía. Seguro que es una ilegal y yo no dispongo de tiempo, cada vez, de ir a comisaría a declarar.

Mari se descuelga el bolso del hombro, lo deja sobre la mesa y se acerca a donde está acurrucada la mujer. Se pone en cuclillas y se dirige a ella en chino.

–*Ni zenme le?* (¿Qué ha pasado?)

La oiga o no, la mujer no responde. Le tiemblan los hombros, sacudidos por los sollozos.

Kaoru mueve la cabeza.

–La pobre está en estado de shock. Por lo visto, la paliza ha sido muy bestia.

Mari se dirige a la mujer.

–*Shi Zhongguoren ma?* (¿Eres china?)

La mujer sigue sin responder.

–*Fangxin ba, wo gen jingcha mei guanxi.* (Tranquila. No soy de la policía.)

La mujer sigue sin responder.

–*Ni bei ta da le ma?* (¿Te ha hecho daño el hombre?)  
–pregunta Mari.

La mujer asiente al fin. Su largo pelo negro oscila.

Mari insiste y se dirige de nuevo a la mujer con voz pausada. Le repite una y otra vez la misma pregunta. Con los brazos cruzados sobre el pecho, Kaoru contempla con aire preocupado cómo Mari le va hablando. Mientras tanto, Komugi y Kôrogi se reparten las tareas de limpieza de la habitación. Recogen las toallas manchadas de sangre y las meten en una bolsa de plástico. QUITAN las sábanas sucias de la cama, cambian las toallas del cuarto de baño. Levantan la lám-

para del suelo, retiran la botella de cerveza y el vaso. Limpian el cuarto de baño. Por lo visto, están acostumbradas a trabajar juntas y sus movimientos son expertos y precisos.

Mari está acucillada en un rincón del cuarto, hablándole a la mujer. Parece que ésta se ha calmado un poco al oír hablar en su lengua. Y, aunque de forma entrecortada, le explica a Mari en chino lo que le ha pasado. Su voz es tan débil que Mari tiene que acercarse mucho para oírla. Asintiendo, Mari escucha con gran interés lo que le cuenta. De vez en cuando pronuncia unas palabras de aliento.

A sus espaldas, Kaoru le da a Mari unos golpecitos en el hombro.

–Oye, lo siento, pero le tenemos que dejar la habitación a otro cliente. Voy a llevar a la chica a la oficina de abajo. Te vienes tú también, ¿verdad?

–Pero es que está completamente desnuda. Dice que el hombre le ha quitado todo lo que llevaba encima. Desde los zapatos a las bragas. Todo.

Kaoru sacude la cabeza.

–El muy cerdo la ha dejado en bolas para que no pudiera salir enseguida a avisar a alguien. ¡Menudo cabrón!

Kaoru saca del armario un delgado albornoz y se lo da a Mari.

–De momento, ponle esto.

La mujer se levanta con torpeza y, medio atontada, se desprende de la toalla y se queda completamente desnuda. Tambaleante, se envuelve en el albornoz. Mari aparta la vista de inmediato. Su cuerpo es menudo pero hermoso. Pechos de formas bonitas, piel suave, un vello púbico discreto como una sombra. Debe de tener la misma edad que Mari. Su cuerpo todavía conserva rasgos de la adolescencia. Sus pasos son inseguros, Kaoru la conduce fuera de la habitación sosteniéndola por los hombros. Bajan en el pequeño ascensor de servicio. Mari las sigue acarreado su bolsa. Komugi y Kôrogi se quedan en la habitación, limpiando.

(...)